

---

LO REAL Y LO IDEAL  
EN LA TRANSMISIÓN  
DE LOS ORÍGENES DE  
LOS NIÑOS  
ADOPTADOS EN  
PREADOPCIÓN Y  
POSTADOPCIÓN

---

Montserrat Lapastora

---

## LO REAL Y LO IDEAL EN LA TRANSMISIÓN DE LOS ORÍGENES DE LOS NIÑOS ADOPTADOS EN PREADOPCIÓN Y POSTADOPCIÓN

### Resumen

La experiencia diaria en el proceso de valoración con solicitantes de adopción, pone de manifiesto que mediante un proceso de reflexión llegan al convencimiento de lo importante que es, para la formación de la identidad de sus futuros hijos, el hacer una adecuada transmisión de los orígenes. Es decir, que el niño comprenda y acepte su historia anterior a la adopción.

Por otro lado, cuando los solicitantes se convierten en padres, y el hijo pasa a formar parte de su mundo real, también la experiencia diaria muestra que ese convencimiento que tenían de lo importante que era informar a sus hijos de su historia preadoptiva, pierde fuerza, y los padres no son capaces de enfrentarse a esa transmisión de los orígenes, tal y como habían intuido anteriormente, porque eso implica afrontar las características especiales que supone un hijo adoptado, el cual remueve heridas no cerradas, duelos no superados y conflictos no resueltos.

Todas las angustias y temores de los padres repercuten en sus hijos, deteriorando el desarrollo de su identidad.

En este proceso de comunicación, un elemento muy importante es la empatía con la que se acompaña la información que se da al hijo. No es tan importante el dato en sí, sino que el menor se sienta acompañado en el sentimiento que le produce lo que para él significa ese dato.

**Palabras clave:** Adopción, preadopción, postadopción, empatía, transmisión de orígenes, niños adoptados.

## **Abstract**

The daily experience in the evaluation process of adoption applicants shows that the through a reflective process, they recognize how important it is for the identity of their future children to do an adequate transmission of their origins. In other words, that the child understands and accepts his/her history previous to adoption.

On the other hand, when applicants become parents, and the child starts being a part of his real world, our daily experience shows this initial conviction about the importance of telling children about their pre-adoptive history fades away. Parents start to sense they will be unable to cope with this transmission of the child's previous history, because it implies confronting the special characteristics of an adopted child, which opens old wounds, pending trials and unsolved conflicts.

All the anxieties and fears of the parents affect their children, jeopardizing the development of their identities.

In this communication process, a very important issue is the empathic quality of the information offered to the child. For the child, the facts themselves are not as important as feeling comforted when facing the meaning of these facts for the self.

**Keywords: Adoption, pre-adoption, post-adoption, empathy, transmission of origins, adopted children.**

En este proceso, difícil proceso de la transmisión de los orígenes de los niños adoptados, se puede hablar una vez más de cómo los tan manidos conceptos de “lo real” y “lo ideal” se pueden ver en la práctica diaria en el trabajo con padres pre y postadoptivos.

Cuando hablo de “lo ideal” me refiero a lo que los solicitantes de adopción, cuando están sumergidos en el proceso de valoración, tienen intención de decir a sus hijos sobre su condición de adoptados, y con “lo real” hago referencia a lo que verdaderamente pueden decir cuando ejercen el rol de padres.

En mi experiencia diaria con niños adoptados y con sus padres, muchos de ellos con amplio recorrido en asociaciones de adoptantes, psicoterapia, asistencia a grupos de formación, a charlas y otros eventos relacionados con el mundo de la adopción, no dejo de sorprenderme al comprobar la enorme resistencia que tienen al tratar el tema de los orígenes, también llamado proceso de revelación, con sus hijos.

En el momento de la valoración psicológica, por el que pasan todas las personas que inician un proceso de adopción, no todos los solicitantes, desde un principio, son conscientes de la importancia de dicho proceso. Como propone Palacios (2007), durante las entrevistas se les va explicando la relevancia de que el menor conozca su condición de adoptado, sus orígenes, su derecho a saber cuál es su historia y todo aquello que está relacionado con su vida anterior, es decir, se incide en la importancia de que sus padres no le oculten datos que le pertenezcan.

En este proceso se observan diferentes reacciones, algunos solicitantes dicen que sí a todo, piensan que la valoración es un trámite y no escuchan (Lapastora 2008).

Hay muchas formas de no escuchar, de no querer o no poder oír lo que estamos diciendo porque chocamos con resistencias que no se pueden vencer en el periodo preadoptivo. Una de ellas es simplemente la ignorancia: al referirles que a pesar de ser niños muy pequeños *saben* o *sienten* que han sido abandonados y que eso puede tener consecuencias en su futuro y su comportamiento responden cosas como: *“eso no es posible, lo que pasa es que los psicólogos sois muy retorcidos y mi hijo, desde luego, cuanto menos sepa, mejor”*. Argumentan que si ellos no se acuerdan de nada de cuando eran tan pequeños, sus hijos tampoco lo harán.

Recuerdo a otro solicitante que después de explicarle la importancia de la historia previa en la vinculación, la relevancia de la continuidad de dicha historia en la

formación de la identidad y la incorporación a ésta de la condición de ser adoptado dijo: *“Si, si, pero mi hijo nacerá cuando llegue a Barajas”*

En otros casos la falta de escucha no es tan evidente o tan primaria pero es indudable que no habría una adecuada capacidad en la forma de transmitir los orígenes para que el menor pudiera incorporar su estado adoptivo de una manera sana. Serían aquellos que consideran que decirle al niño cuál ha sido su realidad podría causarle dolor y, ante esto, deciden que será menos dañino el silencio o las verdades a medias que la realidad sobre su vida anterior.

También desde la omnipotencia se rechaza decirle al futuro hijo la verdad. Algunos solicitantes creen que disponen de recursos alternativos a la verdad para satisfacer “todas” las necesidades del menor sin poder entender que la necesidad de saber es una de las más importantes que tendrán que cubrir en su hijo ya que esto repercutirá en el desarrollo y formación de su identidad. Insisten en que con su cariño y dedicación será suficiente para compensarle del sufrimiento por el que haya pasado y por lo tanto no será necesario que sea conocedor de todo lo anterior de su vida.

Consideran que evitar el dolor puede justificar el no revelar toda su historia. Los solicitantes argumentan que es muy duro enfrentarles con un pasado de maltrato, abandono y sufrimiento. Este tipo de personas no suele tener recursos para enfrentarse a sus propios duelos, pero tampoco tienen la capacidad de reflexionar y entender que el niño necesita comprender su pasado y que ellos necesitan asimilar una serie de pérdidas anteriores, por lo que deciden a priori y con seguridad que lo mejor es no exponer al niño a ese tipo de información.

Pero estos casos no generan dificultades posteriores, porque ante estas actitudes irreflexivas, negadoras, con poca apertura mental, poco empáticas, nada realistas y evitadoras, la valoración negativa que se concluye en el informe psicosocial, evitará que tengan que enfrentarse al proceso de revelación impidiendo que adopten a un niño.

Sin embargo no hay que olvidar que todos los padres adoptivos que vemos en consulta, y que a veces se niegan a hablar a sus hijos de su condición de adoptados, obtuvieron un Certificado de Idoneidad, un informe psicosocial positivo, y esto ha de hacer reflexionar a los técnicos.

Antes hacía referencia a personas que no escuchan, pero hay otras muchas que sí lo hacen, durante el proceso de valoración expresan su comprensión por la importancia que tiene el que sus futuros hijos conozcan su pasado, hablan con seguridad y convicción de que les transmitirán su condición de adoptados desde un principio y con naturalidad la historia de sus orígenes. A lo largo de las entrevistas se da un proceso de reflexión por el cual creo sinceramente se hacen conscientes de la importancia que tiene para sus hijos el que éstos conozcan su pasado, y también creo están convencidos de llevar a cabo este proceso de revelación cuando les llegue el momento de enfrentarse a él.

Pero mi experiencia con familias adoptivas me dice lo contrario. Ese convencimiento claro que tuvieron unos años antes, cuando su hijo formaba parte de su imaginario psicológico, se desvanece y aparecen las dudas y temores que les impiden hablar. Y no es que aquella seguridad fuera ficticia, es que el hijo que ahora tienen, con todo lo que implica (maltrato, abandono, pobreza, rechazos), les abre heridas que no estaban bien cerradas, les moviliza conflictos emocionales no resueltos, ante los que se defienden utilizando recursos como el silencio o la negación.

En el trabajo diario me encuentro con muchos padres que manifiestan serias dificultades en el manejo de la transmisión de los orígenes. Habría un amplio abanico de actuaciones que iría desde aquellos que mantienen semioculto el hecho de la adopción, (aunque he trabajado con algún caso de adopción nacional, la mayor parte de mi experiencia se circunscribe a la adopción internacional y en este ámbito es muy difícil mantenerla totalmente oculta) hasta aquellos que son capaces de transmitir a su hijo la importancia de su pasado acompañándole empáticamente (Winnicott 1998).

En este sentido quisiera señalar que el proceso de revelación no se refiere simplemente a la transmisión de datos, a comunicar una serie de fechas, fotos o lugares, sino a que, como decía más arriba, vayan acompañados del sentimiento de que esos padres conceden a ese dato, a ese pasado. Los padres han de hacer comprender y sentir al hijo que para ellos también es importante que él pueda saber y entender su historia, pues eso le hará sentirse más completo como persona, la relación familiar se verá enriquecida y el proceso adoptivo tendrá muchas posibilidades de éxito.

Dos ejemplos representativos de lo que es la transmisión empática/no empática de los orígenes serían los siguientes:

1º) Recuerdo una sesión grupal de padres adoptivos en la que hablando de los padres biológicos, una madre del grupo decía que para ella era muy importante saber cosas sobre la madre biológica de su hijo, que si esto era tan importante para ella, cómo no iba a serlo para su pequeño. Cuando hablaba expresaba verdadera preocupación y deseo de saber, lo que nos transmitió con emoción a todos los que estábamos allí. No sé si algún día buscarán a la madre biológica de su niño, pero seguro que esa actitud empática le ayudará tanto o más que cualquier dato que pueda aportarle. Cuando su hijo le pregunte cualquier cosa relacionada con su pasado o con su madre biológica, ella sabrá acogerle y contenerle, porque entenderá lo importante que es para él comprender su historia y su hijo se sentirá aceptado y entendido por su madre aunque no pueda llegar a saber todo lo que pasó en su historia anterior.

2º) En contraposición, otra madre intervino muy enfadada, increpando al grupo por hablar de la “madre biológica”; no entendía cómo se podía poner la palabra madre cuando ella era la “única madre” de su hijo. Cuando el hijo de esta mujer quiera preguntarle sobre su madre biológica, la respuesta que encontrará no será de comprensión ni de acogimiento, pues su madre no puede consentir que exista una madre diferente a ella. Esta mujer no puede darse cuenta de la necesidad de su hijo, no puede empatizar con su deseo de comprender su historia anterior, con lo que le está limitando y deteriorando el desarrollo de su identidad, ya que en ésta influye la forma de transmitir los orígenes.

En este amplio abanico de dificultades en la comunicación de la revelación, el tema de la madre biológica se encuentra repartido por varios de sus puntos. Es algo arduo y escabroso. Aquel ser fantasmagórico que desde el ideal del imaginario psicológico preadoptivo no era difícil de enfrentar, ahora toma cuerpo, se hace real y presente en el pasado del hijo que ya está en casa, y su manejo se torna complicado.

Ciertas madres adoptivas no pueden decir a sus hijos que tienen una madre biológica. Algunas de ellas, como la del ejemplo citado más arriba, niega hasta la existencia de dicha madre, otras dicen al niño que ha nacido de “otra tripa” sin más explicaciones, como si la tripa fuera un órgano suelto que no tiene dueño, o simplemente hablan de otra señora. Algunas han llegado a “matar” a la madre

biológica con el pretexto de que es lo mejor para el niño. Lo que está claro es que ni es lo mejor para el niño, ni es por el niño por el que no pueden hablar, es ante ellas mismas ante quien no pueden reconocer que hay otra madre, una madre diferente a ellas con la que entran en competencia.

Estas madres adoptivas defienden el silencio, el uso de eufemismos u otras estrategias para eliminar a la biológica con los argumentos de no confundir al pequeño. Pero está claro que no es el niño el que se confunde, sino ellas mismas. Son ellas las que depositan en sus hijos sus temores y fantasías, las que tienen miedo de no ser madres auténticas, las que de una manera inconsciente temen que las madres biológicas les arrebaten el cariño de sus hijos, las que no han superado del todo su duelo de la infertilidad, duelo que la madre biológica les recuerda.

Los niños no se confunden, saben perfectamente quién es cada cuál y qué rol ocupa cada uno. Para ellos, la madre biológica es la persona que les ha dado la vida y tendrá las connotaciones emocionales que los padres les transmitan. En este sentido, me gustaría aclarar que la figura que nos ocupa hay que tratarla con respeto, ser lo menos destructivo posible, pues el niño en algún momento de su desarrollo se identifica con ella y lo más sano es que se identifique con partes buenas; por lo tanto, siempre será mejor decir *“tu madre no tenía medios para vivir y tenía problemas con el alcohol”* que *“tu madre era una alcohólica tirada en la calle”*.

Por otro lado, al explicarles los motivos del abandono, algunos padres, en ese deseo de evitarle sufrimiento y dulcificar los hechos, refieren a sus hijos que el abandono fue un acto de amor, pues su madre les quería tanto que les dejó para que otros les cuidaran. Esto sí confunde a los niños, una cosa es que no se destruya la imagen de los padres biológicos y otra que se asocie el abandono a un acto de amor (Donovan 1990). Lo que veo en la consulta cuando ocurre esto, son dos reacciones; una es que los niños no se lo creen y les provoca mucha rabia, me dicen que si les querían tanto, por qué les pegaban y les abandonaban. La otra reacción es que a veces piensan que si sus padres biológicos les querían y a pesar de ello les abandonaron, también podrían hacerlo sus padres adoptivos y por extensión cualquier persona con la que establezcan una relación de apego, generando una actitud de desconfianza general hacia sus nuevas figuras parentales que dificulta la vinculación con ellas.



Además del trabajo psicoterapéutico que estas situaciones requieren, es necesario explicar a los padres que el abandono no es producto de un acto de amor, aunque pueda haber cierta responsabilidad al dejarle delante de una comisaría o un hospital, sino que es debido a las circunstancias familiares, sociales, económicas u otras que llevaron a su madre a abandonarle, y es desde esas circunstancias desde donde se debe explicar al niño el abandono.

Siguiendo con las dificultades de los padres adoptivos de hablar a sus hijos de la familia biológica, encuentro que otra gran traba es la existencia de hermanos biológicos. Los padres se resisten a decirles que los tienen, y se sienten angustiados por la posibilidad de que los descubran. Los niños piden con relativa frecuencia un hermanito a sus padres y también les preguntan si saben si los tienen. En algunos casos en que hay certeza de que la respuesta es positiva, los padres son incapaces de decir la verdad por temor a no poder dar ese hermano a su hijo, por no ser esa madre o padre omnipotente que todo lo puede, y satisfacer así su deseo; y por el temor de que el hijo se aleje en la búsqueda de ese hermano. En el fondo, también estaría la negación de la existencia de la madre biológica, lo que implicaría el reconocimiento de la propia infertilidad y la culpa por no poderle dar ese hermano que su madre biológica sí puede.

Algo que me deja muy sorprendida es la resistencia de algunos padres a hablar simple y llanamente de adopción. Me he encontrado con varios casos y en ámbitos diferentes (sesiones psicoterapéuticas, grupos de padres, charlas), en los que algunos de ellos reconocían que no empleaban la palabra “adoptado”. Utilizaban diferentes argumentos para justificarlo; que era una forma de etiquetar, de discriminar, que no había surgido el momento, que no era necesario. Sin embargo, sí se hablaba, según ellos con naturalidad, de cuando habían ido al país a recoger al niño. Se veían las fotos del encuentro y se realizaban comentarios sobre la adopción según iban surgiendo. ¡Cuántos eufemismos debieron utilizar hasta poder utilizar la palabra prohibida “adoptado”!. Temían que el niño se sintiera discriminado, pero eran ellos los que no podían aceptar la diferencia que implicaba esa palabra, diferencia que conlleva que el hijo es en sí mismo distinto, pues trae consigo una serie de añadidos, como son la existencia de otros padres (los biológicos), unos rasgos físicos diferentes, a veces dificultades de aprendizaje, y otras características.

Otros padres sí pueden nombrar la palabra adoptado, pero no pueden hablar de ello a sus hijos. Cuando llegan a la consulta, se quejan de que los niños no hablan, no preguntan sobre sus orígenes, se extrañan de que no lo hagan, pues están convencidos de que les dan la oportunidad de hacerlo, de que ellos están abiertos a cualquier pregunta y a aclarar cualquier duda que les planteen. Los padres achacan el silencio de los menores a falta de interés o curiosidad. Sin embargo, cuando me quedo sola con los pequeños, observo otra cosa muy distinta; en cuanto les doy la oportunidad de hablar, lo hacen, y preguntan con vehemencia.

Dos ejemplos:

1º) Consultó una familia con una hija de once años de adopción nacional porque la niña había bajado su rendimiento escolar. Los padres no daban mucha importancia al hecho de la adopción, decían que era algo que estaba muy integrado en la familia y que no tenía por qué estar interfiriendo en lo que le ocurría. Cuando me quedo sola con ella, le explico cómo va a ser nuestro trabajo, le doy el encuadre psicoterapéutico, y al terminar de explicarle las normas, le pregunto si ha entendido todo y si hay algo que me quiera preguntar. Inmediatamente interroga: “¿tú sabes quiénes son mis padres biológicos?”. Había sido adoptada con quince días, y la preocupación que tenía por sus orígenes estaba muy presente en su mundo interno pero no la podía expresar en su casa.

En un trabajo psicoterapéutico posterior con su familia, se vio que el uso de la palabra *adoptada* no se permitía con naturalidad, consideraban que no había por qué ir diciéndolo por ahí a todo el mundo, pero para ellos en “todo el mundo” estaba incluida parte de su familia, los amigos del colegio y del barrio, es decir, ser adoptada era casi un secreto familiar, que cuanto menos se supiera, mejor. Para la niña el hecho de que sus padres no le pudieran hablar de ello, fomentó que no pensara en otra cosa que en su pasado. Contaba con angustia que el deseo de saber cómo era su madre biológica le había ido invadiendo poco a poco su pensamiento, incapacitándola para concentrarse en el estudio, para conciliar el sueño y para casi cualquier otra cosa. Sus padres habían pasado “de refilón” por el tema de la adopción sin dar a su hija, en contra de lo que ellos creían, la oportunidad de preguntar, porque no podían aceptar en su totalidad el hecho adoptivo. Seguían negando las diferencias que esto implicaba,

con lo que estaban dificultando un desarrollo psicoevolutivo sano de su hija, ya que estaban impidiendo que incorporara su condición de adoptada a su identidad.

2º) Otra familia trajo a consulta a un niño de ocho años, adoptado con dos y medio en un país del Este, porque se mostraba muy tímido en el colegio y tenía problemas de relación.

Sus padres eran muy reticentes a que yo tuviera una entrevista con él. Consideraban que hablar de la adopción no tenía sentido y que su hijo no estaba nada preocupado por estos temas. Después de trabajar con ellos varias sesiones, consintieron en que tuviera una consulta con él. Una vez solos, le di las normas del encuadre y, como siempre, le pregunté si había algo que no había entendido, o si quería hacer alguna pregunta. Al igual que la niña del ejemplo anterior, sin pestañear me increpó: “¿tú sabes por qué me abandonaron mis padres?”.

Al referir esto a su familia, no pudieron escucharlo, me acusaron de haber incitado yo a su hijo a hablar del abandono. Pero a pesar de ello, y como muestra de *buena voluntad* y apertura por su parte, cuando llegaron a su casa, le señalaron a su hijo en un mapa la ciudad en la que nació, dato que hasta entonces desconocía.

A pesar de estos intentos de apertura, estos padres fueron incapaces de escuchar, por un lado, lo que yo les decía, y por otro, enfrentarse a lo que el niño ya sabía y a las inquietudes que tenía sobre su vida anterior.

Dejaron de acudir a consulta.

Estos casos son bastante frecuentes. Los padres no pueden decir, no pueden asumir desde lo más íntimo de su ser, que sus hijos son adoptados porque esto implica asumir que son diferentes, y esto se ve en multitud de ocasiones que reflejan la negación de la diferencia en expresiones como “*pues igual que los biológicos, también cogen rabietas*”, cuando les explico que la baja resistencia a la frustración está relacionada con carencias en su desarrollo afectivo; o cuando refiero que sus miedos a quedarse solos pueden estar asociados a la experiencia del abandono, los padres argumentan que “*ellos también eran miedosos de pequeños*” o; “*hay muchos niños tímidos que no son adoptados*”, cuando intento explicar las dificultades relacionales asociadas a los problemas de vinculación.

Habría muchas expresiones con las que los padres pretenden negar que existen diferencias entre los hijos adoptados y los biológicos, y mientras no puedan asumirlas,

difícilmente podrán transmitirles el proceso de revelación con la empatía necesaria para que sus hijos puedan incorporar con naturalidad su condición de adoptados a su identidad.

Otro tema que suele ser tabú entre padres e hijos, es el de la infertilidad. Aunque algunos padres pueden llegar a hablar con cierta soltura de la adopción, no lo hacen tanto cuando se trata de abordar la cuestión de no haber podido tener hijos. Por un lado existe el temor de que si el hijo conoce el deseo anterior de los padres a tener otro hijo diferente a él, pueda sentirse rechazado, y ante esto, creen que es mejor el silencio. Por otro lado, estaría el temor a abrir heridas no cerradas, a enfrentarse a duelos no resueltos, a que ese hijo les enfrente con su sentimiento de incompletud.

Otra situación que los padres manejan con mucha dificultad, es cuando tienen hijos biológicos y adoptados. Temen que las diferencias existentes entre ellos les hagan daño, sobre todo al adoptado, y para que esto no ocurra, evitan mencionarlas. No hace mucho, me decía un padre que procuraba evitar decir esta palabra en su casa para que su hijo adoptado no se sintiera discriminado frente a su hermano biológico (¿discriminado, por qué?). Sus hijos pertenecían a la misma familia y cada uno había accedido a ella de forma diferente, uno era biológico y otro adoptado, y eso es una diferencia que corresponde a sus vidas, a sus identidades, no es ni bueno ni malo, es una característica particular de cada cual y así lo tienen que entender e incorporar a sus identidades.

Si se les oculta, se les rodea de secretismo, y lo que se oculta es lo malo, lo que produce vergüenza, y desde luego, el ser adoptado no tiene nada de vergonzoso.

Nunca dos hijos son iguales, cada uno tiene necesidades diferentes y la escucha empática de los padres debe intentar responder a las de cada uno, dejando a un lado la presión social de que todos los hijos son iguales, que a todos se les tiene que querer igual y que a todos hay que darles y tratarles de la misma manera. Dos hermanos biológicos son personas muy distintas que no tienen por qué necesitar lo mismo. Uno de ellos puede sentirse muy complacido cuando se le profesan mimos y arrumacos y el otro puede sentirse incómodo ante el contacto físico. Uno puede necesitar apoyo económico para seguir estudiando y el otro disfrutar ganando su propio dinero. Poco favor se les haría si a los dos se les tratara por igual. Siempre habría uno que se sentiría insatisfecho.

Los padres con hijos biológicos y adoptados, por temor a que estos últimos se sientan dañados, omiten o minimizan las diferencias, como si por el hecho de no decir las, dejaran de existir. Evitan hacer referencias al pasado del adoptivo, quitan importancia a las diferencias físicas. A una niña china que se quejaba de sus ojos rasgados en comparación con los ojos azules de su hermana, le decía su madre: *“a mí también me gustaría tenerlos azules y los tengo marrones”*, sin escuchar la queja, que no tenía nada que ver con el color de los ojos, sino con los rasgos de una etnia distinta.

El hecho de silenciar el pasado del hijo adoptado, de obviar las diferencias físicas, de no mencionar a los padres biológicos, o de cualquier otra actitud que trate de evitar las diferencias evidentes entre un hijo adoptado y uno biológico, no ayuda a los menores, sino que dificulta la integración del niño en la familia, obstaculizando que los niños asuman con naturalidad que hay diferentes maneras o tipos de familias, y en definitiva, deteriorando el ajuste familiar. Ocultando las diferencias, el mensaje inconsciente que transmiten es que una de ellas es menos importante que la otra.

Una manera inconsciente de rechazar o negar el hecho adoptivo es cambiar el nombre al menor. Este hecho, que cuando se habla en el momento de la valoración, todos los solicitantes parecen tener muy claro, para muchos de ellos deja de serlo cuando se convierten en padres. Todos afirman saber lo importante que es mantener la continuidad de su historia para la formación de su identidad, pero llegado el momento, bastantes padres rebautizan a su hijo con un nuevo nombre. No les faltan argumentos conscientes que justifiquen el cambio: que sea acorde a la cultura en la que vive, o ponerle el de un familiar querido, o que el que tenía *“sonaba mal”*, o que el originario se lo conservan como segundo nombre para que el niño elija el que quiera cuando sea mayor. Pero detrás de estas y otras justificaciones, muchas veces lo que hay es el no poder enfrentarse con lo que ese nombre original representa.

Lo que parece imponerse en la mayoría de estos casos, es el deseo inconsciente de eliminar cualquier rastro que tenga que ver con el pasado, sin darse cuenta de que, al quitarle el nombre, generalmente lo único que le queda, están manifestando una falta de respeto hacia la historia de su hijo. Él es Fulanito o Menganito, da igual cómo se llame, pero su nombre ya le pertenece, es algo que le da una identidad, es suyo y por lo tanto debería conservarlo. Algunos padres argumentan que el nombre se lo ha podido poner un funcionario del orfanato, o cualquiera que no fuera importante para

él, y consideran, con bastante amargura, que esas personas no son quiénes para poner un nombre a su hijo, pues ni siquiera se lo puso su madre biológica.

Es fácil entender la rabia y el dolor que esos padres puedan sentir hacia esos funcionarios, que probablemente, por circunstancias reales o no, no cubrieron las necesidades físicas y afectivas de su hijo y proyectan sobre ellos mucha de su frustración.

Pero la realidad fue la que fue, y no por ocultarla va a cambiar. Su hijo es quien fue, y el cambiarle de nombre puede implicar un rechazo inconsciente a su vida anterior.

De la misma manera se niegan los orígenes del menor cuando se le inscribe en el Registro Civil de la ciudad de residencia de los padres adoptivos, indicando que ha nacido en un lugar diferente al originario, y borrando así todo rastro de su país de origen. Por ejemplo, al registrar a un niño nacido en Bogotá, como nacido en Madrid.

La excusa consciente de que es para agilizar los trámites burocráticos que el menor tenga que solventar el día de mañana cuando viaje, parece, cuando menos, un poco retorcida.

¿Qué pensaríamos de una persona rusa que lleve viviendo en nuestro país treinta años, que ha conseguido la nacionalidad hace veinte, que se ha integrado perfectamente en nuestra cultura, formando su propia familia y negocio, pero que ha borrado de sus documentos de identificación (pasaportes, carnés....), todos los papeles que le relacionen con Rusia?. Probablemente pensaríamos que reniega de sus orígenes, aunque nos explicara que así, cuando viaja, no tiene que dar explicaciones en los aeropuertos, debido a su origen.

El haber nacido en uno u otro país constituye una parte de la identidad de las personas y borrar este dato de la vida personal del niño podría implicar un acto de negación cuyo deseo sería eliminar o no enfrentarse con la historia pasada del hijo, y por mucho que se omita o que se niegue, ese pasado y su influencia van a estar ahí, formando parte del presente. Pero a pesar de que ese evidente pasado tiene su influencia en el presente del niño, algunos padres no pueden enfrentarse a él y lo evitan con estrategias como esta.

Otra forma muy generalizada de no enfrentarse al hecho adoptivo, es el argumento de que el niño no pregunta, de que ya preguntará cuando sienta la

necesidad. Los niños son curiosos por naturaleza y preguntan sobre cualquier cosa, pero también son muy intuitivos y perciben si el objeto de su demanda es algo que incomoda o genera malestar en su interlocutor. Si el niño capta, a través del lenguaje no verbal, que la pregunta que ha hecho provoca tensión, o recibe una respuesta de evitación: *“eso te lo explicará mejor tu madre”* o *“ahora estoy muy ocupado”*, aprenderá a callar y no preguntar, y los padres olvidarán el momento en que empezó a hacerlo. Pero el niño preguntó. Todos los hacen, y los padres, con su actitud, silencian el tema adoptivo porque probablemente les genera ansiedad.

Otra explicación al silencio de los padres, es que el menor preguntó cuando era pequeño y se le respondió a todas sus preguntas, por lo que los adultos entienden que cuando necesite saber algo volverá a preguntar. Las preguntas de un niño de 3 a 5 años son fáciles de responder, corresponden a datos concretos donde los padres se sienten cómodos y sueltos. Pero cuando el hijo se convierte en adolescente, la profundidad y la forma de las preguntas son otras y ante estas los padres ya no se sienten tan cómodos. Ante este tipo de preguntas *“incómodas”* lo que observo en la consulta son estrategias de postergación de la respuesta, desinterés u otra forma de desmotivar a los hijos para que no continúen con preguntas inconvenientes.

Recuerdo una adolescente que de repente empezó a volver a interesarse por las embarazadas y preguntaba reiteradamente a su madre por las circunstancias de su nacimiento. La madre esquivaba la conversación diciéndole que ya le había explicado mil veces lo que sabía de sus circunstancias natales y no le daba oportunidad a su hija de seguir hablando. Si la hubiera escuchado, se habría dado cuenta de que lo que verdaderamente le preocupaba no era su nacimiento, sino su propia fertilidad, la adolescente temía que ella no pudiera tener hijos y esto la inquietaba, pero debido a que su madre no había superado el duelo de su propia infertilidad este tema no se pudo hablar, y una vez más el silencio fue la manera de abordar un duelo no resuelto. Vemos cómo el dolor no afrontado por parte de uno de los padres, repercute en los hijos no permitiéndoles expresar sus dudas y temores.

También de difícil abordaje es la diferencia de razas entre adoptantes y adoptados que da lugar a distintas actitudes entre los padres. Unos asumen dichas diferencias desde el principio, tratándolas con naturalidad y encontrando el equilibrio

para que el niño acepte sus características étnicas con orgullo y al mismo tiempo desarrolle un sentimiento de identidad y pertenencia con su familia adoptiva.

Otros padres, en cambio, entienden que al ser tan evidentes las diferencias, el hijo tiene que saber perfectamente que es adoptado, por lo que las explicaciones sobre este hecho se dan por sobreentendidas. Recuerdo una charla en la que una participante, madre de dos niños indios, decía: *“mis hijos son indios, ¿cómo no van a saber que son adoptados?”*. Esta aseveración está desprovista de todo contenido de realidad, porque el ser indio, chino o negro, no implica ser adoptado. El saberse adoptado no es lo mismo que comprenderse adoptado (Triseliotis, Shireman y Hundleby 1997). El llegar a esto último implica que el niño llegue a entender que nació como todos los demás, que fue abandonado por sus padres biológicos y que sus padres adoptivos (como en la mayoría de los casos, no pudieron tener hijos), le desearon y le adoptaron. Todo esto acaba de comprenderse hacia los ocho o nueve años, dependiendo de la madurez del niño, pero no de que pertenezca a una raza distinta.

Otra conducta que observo en los padres adoptivos, es minimizar los rasgos étnicos de sus hijos, llegando a actitudes muy negadoras. Como ejemplo referiré el comentario de un niño de origen hondureño, que se quejaba de que en el colegio se metían con él por su color de piel y su madre le restaba importancia, el niño, en un arrebatado de rabia, chilló en medio de la sesión: *“es que mi madre me quiere tanto que no se da cuenta de que soy negro, pero los demás me lo hacen ver a cada momeno”*.

Tanto en el caso anterior como en este, los padres no abordan la raza de sus hijos con naturalidad por diferentes motivos. En el primero, se da por sobreentendido que el tener una raza diferente implica la asunción de la condición de adoptado; y en el segundo, se minimizan las diferencias; pero en definitiva, ambos silencian o deterioran de alguna manera el proceso de adopción.

Otro de los temas prohibidos es el del maltrato que han sufrido los niños en sus vidas anteriores. A veces, éste es conocido porque está escrito en las sentencias y documentos que tienen los padres, pero en ocasiones los datos, aunque no están reflejados explícitamente en ningún papel, se encuentran grabados en el cuerpo del pequeño en forma de cicatrices. Sea de la forma que sea, los padres, que años atrás habían comprendido la importancia de que sus hijos supieran todo lo referente a sus



vidas, no se sienten capaces de enfrentarse a la verdad, y se la ocultan, pensando que así les harán menos daño. Pero son ellos los que no pueden enfrentarse al dolor, al de su hijo y al suyo propio. El haber sufrido maltrato es algo terrible, pero los padres están ahí para acompañar y contener el sufrimiento, no para reprimir los sentimientos e inquietudes. Cuando no dan al niño la oportunidad de expresar los y mantienen el silencio o la mentira, suele ser porque ellos no pueden expresar sus propias emociones y lo que consiguen es generar inseguridad en el niño, y a larga dificultades en la vinculación.

Cuando un niño pregunta: *“¿por qué me pegaban con el cinturón? o ¿por qué me dejaban encerrada en el armario?”*, los padres se sienten sobrecogidos, y muchas veces es su propia angustia la que no les deja responder. No se trata de dar una respuesta que justifique una acción tan execrable, nunca la hay. Se trata de poder consolarle sin hacerle sentir culpable de lo que le pasó y sin transmitirle más angustia de la que ya tiene. Pero esto no siempre es fácil. No todos los padres están preparados para asumir el malestar que genera este tipo de situaciones, por eso muchas veces evitan las conversaciones en las que pueda surgir el maltrato.

Una niña de diez años, adoptada con siete, me preguntaba con preocupación: *“a ti, si te podré contar cómo me pegaban, ¿verdad?, porque cuando se lo empiezo a contar a mi madre, llora tanto, que dejo de hacerlo, y ya no lo intento; pero tengo necesidad de contarle a alguien las cosas malas que me hacían”*. Esta niña tuvo la oportunidad de poder hablar de su maltrato, primero conmigo, y después de un trabajo psicoterapéutico, también con su madre. Pero hay otros niños que por los miedos y las ansiedades de los padres, no pueden expresar el daño que llevan dentro.

El abuso sexual es un tipo de maltrato infantil difícil de enfrentar. Muchos padres pueden sentirse identificados, por haber pasado en su infancia por situaciones de abuso de diferente gravedad, y además pueden sentirse indignados, furiosos, tristes, agresivos, impotentes, y una amalgama de sentimientos de difícil manejo, que como en las situaciones anteriores, con frecuencia les lleva a evitar temas tan dolorosos y delicados de tratar, optando por la evitación o la negación, privando a su hijo de expresar la angustia que le han provocado esos desagradables acontecimientos.

El abandono es el peor tipo de maltrato que puede sufrir un niño, y como tal, el dolor que produce en los padres es tan elevado que las reacciones de negación que provoca en algunos tan sorprendentes. Al hablar de este tema en la consulta, en muchas ocasiones, y quisiera subrayar muchas, los padres han dicho: *“es que mi hijo no ha sido abandonado”*, refiriéndose a que su hijo estaba en una casa de acogida y que, como no era consciente de cuándo le dejó su madre biológica, no tiene por qué tener conciencia de abandono. Al explicarles que el niño, por muy pequeño que sea, aunque no recuerde, tiene la sensación del abandono, se niegan a creerlo, y con frecuencia se requiere un trabajo psicoterapéutico dilatado para que lo comprendan.

El abandono del hijo conecta con el abandono y las pérdidas que los padres han sufrido durante sus vidas. Les remueven sentimientos y emociones que proyectan en el hijo, y todo esto, unido al deseo de evitarle sufrimiento, provoca que los padres no puedan enfrentarse al abandono del hijo, negándolo o disfrazándolo.

Una familia consultó porque su hijo de diez años no aprendía. El niño leía un texto pero no retenía nada, era como si paseara sus ojos por las letras. Al llegar a la última palabra de la hoja, no se acordaba de la primera. Sus padres mencionaban de pasada el hecho adoptivo y al proponerles entrevistar al niño, el padre *“me prohibió”* utilizar la palabra abandono, puesto que el niño no tenía por qué saber eso por el dolor que podría producirle. Al indagar en la historia de los padres, resultó que el abuelo paterno había muerto cuando el padre adoptivo tenía diez años, precisamente la edad que tenía el niño cuando le trajeron a consulta. Parece bastante claro que es el duelo no elaborado del padre adoptivo por su propio padre, su propio sentimiento de pérdida, el que se deposita en el niño, no permitiéndole elaborar el duelo de su abandono. Además, al no permitirle tener acceso a su historia previa, al no permitirle *“saber”* sobre su pasado, también le estaban impidiendo incorporar cualquier tipo de aprendizaje.

Otras familias han elegido como medio de comunicación los silencios y las mentiras. Algunas han decidido que lo mejor era *“matar”* a los padres biológicos. Decir a sus hijos que habían muerto, con la intención de simplificar el proceso de revelación y evitar que sus hijos tuvieran que enfrentarse a ellos. Suponían que el hecho de que ya no estuvieran vivos sería suficiente para que en sus hijos no surgiera curiosidad o deseo de saber. Pero, como en otras ocasiones, es el deseo de los padres de ser los

únicos, el entrar en competencia con los biológicos lo que interfiere en esta decisión haciéndoles pensar que así su relación con sus hijos será más sólida. Pero lo que consiguen es todo lo contrario porque una relación basada en la mentira tiene poca consistencia.

Una preadolescente de trece años fue adoptada con cuatro en un país africano. La trajeron a consulta porque mentía de forma compulsiva y no se adaptaba a su familia. Le habían dicho que sus padres biológicos habían muerto, y esto no era verdad. En los documentos de la adopción tenían algunos datos identificativos de sus progenitores, pero no pensaban dárselos hasta la mayoría de edad. Con un trabajo psicoterapéutico familiar “resucitamos” a sus padres biológicos, con la consiguiente rabia y desconfianza de la niña hacia sus padres. Desde entonces están disminuyendo sus mentiras, pero las consecuencias que tuvo la que le dijeron generó unas dificultades familiares que requieren de un largo y comprometido proceso psicoterapéutico por parte de todos sus miembros.

Otro preadolescente de trece años acudió a consulta por problemas de comportamiento. Sus padres no le habían dicho que había nacido en la cárcel y que su madre era de una raza distinta (era mestizo y no se le notaba la diferencia). Al conocer estos datos, su conducta empeoró. La relación con sus padres se deterioró gravemente, se obsesionó con conocer y hacer amigos sólo de su etnia, y no les perdonó que le ocultaran el dato sobre su nacimiento.

Sus padres defendieron su silencio con la tesis de que tenían miedo de que si el niño conocía sus orígenes (fue adoptado con quince días), acabara como su madre. No le dijeron nada, pero sí le transmitieron inconscientemente sus temores. Él se sentía un niño malo, y como tal se comportaba. Su conducta empeoró al saber la historia que le habían ocultado. Los temores de sus padres les llevaron a ocultar los orígenes de su hijo y la consecuencia de esto fue la falta de vinculación entre ellos y una adopción con muchas posibilidades de fracasar.

### **Conclusiones**

En la mayoría de las dificultades en la transmisión de los orígenes se encuentran implicadas muchas de las emociones, antiguas y presentes de los padres, sentimientos y conflictos afectivos no resueltos, temores no enfrentados, duelos no superados y una serie de dificultades emocionales proyectadas en los hijos que

interfieren en el proceso de revelación, dificultando tanto la integración adoptiva familiar, como la aceptación del menor de su condición de adoptado.

Cuando los padres llevan a cabo el proceso de revelación, informando a los hijos de lo que saben de su historia pasada, en muchos casos la comunicación se hace con veracidad, pero sin empatía. Considero que uno de los grandes errores a la hora de transmitir los orígenes del menor es, por un lado, el no saber recoger los sentimientos que dichos orígenes provocan en él; y por otro, no hacerle llegar la importancia que la información de su vida anterior también tiene para los padres. Lo que quizá pueda explicarse porque no se puede transmitir lo que no se siente.

Debido a la importancia que este proceso de revelación tiene, y a la frecuencia con la que surgen problemas en las familias adoptivas al abordar esta cuestión, considero necesario invitar a la reflexión a los técnicos implicados en la valoración de adopción, a que enfatizen, durante la valoración psicosocial, en la importancia que tiene la transmisión de los orígenes.

Madrid 17 de Noviembre de 2008

Montserrat Lapastora

## BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, P.; Fuertes, J.; y Paula, I. (1996). La búsqueda de los orígenes en la adopción. *Anuario de Psicología*, 71, 107-120.
- Assiego, V. (2000) Los orígenes del niño adoptado. *Revista Padres y Maestros*. Nº 252, 30-34.
- Ávila, A. La función parental en la adopción. (2005). RIDEP (*Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*). Vol. 19. Nº 1, 191-204.
- Berástegui, A. (2003). Las adopciones internacionales truncadas y en riesgo en la Comunidad de Madrid. Consejo Económico y Social. Comunidad de Madrid.
- Berástegui Pedro-Viejo, A. y Gómez Bengoechea, B. (2007). Esta es tu historia: Identidad y comunicación de los orígenes en la adopción. Madrid. Universidad Pontificia de Madrid.
- Donovan, D. y McIntire, D. (1990). Healing the hurt child: A developmental-contextual approach. W.W. Nueva York. Norton & Company.
- Fuentes Peláez, N y Amorós Martí, P. (2008). El reconocimiento de los orígenes en la adopción: implicaciones para la práctica. *Monografías de Psiquiatría* (abril-junio); XX (2): 43-54.
- Jofré, M. D. (1996). Reflexiones sobre la selección de padres adoptivos. *Anuario de Psicología*, 71, 121-128.
- Lapastora, M, y F. Velázquez de Castro. (2007). *Niños Adoptados. Estrategias para afrontar conductas*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Lapastora, M. (2008). La idoneidad y la evaluación de psicopatología parental en la adopción. *Monografías de Psiquiatría* (abril-junio); XX (2):30-36.
- Palacios, J. (2007) *Intervenciones profesionales en adopción internacional. Valoración de idoneidad, asignación de menores a familias y seguimiento postadoptivo*. Madrid. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Universidad de Sevilla.
- Rotemberg, E. (2001). *Adopción: El nido anhelado*. Lugar Editorial. Buenos Aires.
- Winnicott, D. W. (1998). *Los hijos adoptivos al llegar a la adolescencia. Acerca de los niños*. Barcelona: Paidós.